

Capítulo 6: Lo que se queda

El día llegó sin aviso.

Mateo despertó con la alarma que él mismo había puesto. No soñó nada. O tal vez sí, pero no lo recordaba. Su maleta estaba lista desde la noche anterior. No por organización, sino porque no quería empacar con prisa. No quería que ese momento lo agarrara desprevenido.

A las 7:00 a.m. ya estaba en el lobby del hotel.

Emi llegó minutos después, con el mismo abrigo beige del primer día. Sin maquillaje, sin carpeta, sin gesto profesional. Solo ella, con los ojos cansados y los labios apretados como si contuvieran algo que no quería salir.

—¿Listo? —preguntó.

Mateo asintió. No lo estaba, pero igual dijo que sí.

Caminaron hasta el tren sin hablar mucho. El camino al aeropuerto se sintió más corto que la primera vez. Tal vez porque no había emoción, ni expectativa. Solo un reloj que avanzaba sin freno. En el tren, se sentaron uno al lado del otro. Las manos se rozaron, pero no se buscaron. Los dos miraban por la ventana. Afuera, la ciudad parecía no saber que ellos estaban a punto de separarse. Al llegar a Narita, el silencio se hizo más pesado. Pasaron el primer filtro. Buscaron la puerta de embarque. El tiempo se reducía, pero ninguno lo nombraba.

Cuando llegaron frente al punto donde ya no podrían seguir juntos, se detuvieron.

—Gracias por venir —dijo él.

—Gracias por venir tú —respondió ella.

Mateo se quedó un segundo más, como si quisiera grabar su rostro en la memoria. Emi lo miró de vuelta. No había lágrimas. Solo una tristeza tranquila, como de quien ya lloró todo lo que tenía que llorar por dentro.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó él, sabiendo que no había una respuesta concreta.

—Lo mismo que tú —dijo ella—. Seguir.

Él asintió, tragando el nudo en la garganta.

—No te voy a olvidar —le dijo.

—Yo tampoco —respondió, casi en un susurro—. Porque no es necesario olvidar lo que no termina de irse.

Hubo un instante en el que Mateo pensó en abrazarla. En besarla otra vez. En quedarse. Pero no lo hizo. No por falta de ganas, sino porque entendía, finalmente, que el amor también sabe cuándo no puede quedarse.

Ella dio un paso atrás. Él levantó la mano en señal de despedida.

—Cuídate, Emi.

—Tú también, Mateo.

Y entonces él se fue. Cruzó la puerta sin mirar atrás. Porque sabía que si lo hacía, no iba a poder irse. Del otro lado, mientras esperaba el embarque, miró por última vez el cartel de salidas. El suyo ya decía "En hora". Todo seguía avanzando, como si nada.

Pero dentro de él, algo se quedaba allá, en una banca frente al mar, en una madrugada que no se repetiría.

No fue un adiós con promesas.

Fue un adiós con memoria.

Y es que el amor no siempre está hecho para durar. A veces aparece solo para que aprendas a sentir otra vez, para que te encuentres contigo, y te recuerde que todavía eres capaz de volver a empezar.

FIN